

Pascal Chabot

# Tener tiempo

## Ensayo de cronosofía



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Avoir le temps. Essai de chronosophie*  
Traducción de Alicia Martorell

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



- © Presses Universitaires de France/Humensis, *Avoir le temps – Essai de chronosophie*, 2021
- © de la traducción: Alicia Martorell Linares, 2023
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-436-7  
Depósito legal: M. 23.834-2023  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

1. Tener tiempo
  - 15 No tener tiempo
  - 17 La extraña desposesión
  - 21 Un problema de calidad
  - 25 Gigantescos relojes de arena existenciales
  - 28 Zigzags de la mente
  - 30 Un ritmo propio
  - 35 Organizar el tiempo
  - 39 Fusionar lo lineal y lo cíclico: la espiral
  - 43 Nuestras vidas en curvas
  - 46 Destino, Progreso, hipertiempos, plazo y ocasión
  
2. Diacronía
  - 51 Destino
    - 51 Cronocrátor, el destino
    - 56 Frente a una caracola
    - 60 La paciencia
  - 64 Progreso
    - 64 El Progreso, suspendido en lo inconcluso
    - 69 El futuro es nuestro
    - 70 La invención del muelle en espiral
    - 73 De la hora dorada al oro de los relojes
    - 77 Medir el tiempo, conocer el mundo
    - 78 ¿Oficio o trabajo?
    - 81 Comprar el tiempo

85	¡Sublimemos!
86	La espiral inclinada de Tatlin
90	La doble hélice del Progreso útil y sutil
95	Hipertiempos
95	Omnipresencia del tiempo
98	Presentificar
102	La pantalla o el presente digitalizado
105	Informática y logística
109	El horario, o el presente planificado
112	Ahora = (decisión × energía) / contratiempo
115	El crédito, o el presente financiado
118	El crecimiento perpetuo
125	Teoría de las ultrafuerzas
129	Las espirales loxodrómicas de Escher
132	Plazo
132	La espiral Jetty de Robert Smithson
135	<i>No future</i> : la cuenta atrás
138	Apocalipsis de Patmos en París
141	Historia del cambio que nos trajo un virus
144	¿Va el planeta hacia la muerte? Cuestionamientos neoheideggerianos
147	Afuturalgia: crimen contra la juventud

### 3. Sincronía

152	Pensar en 4D
152	Extensión del <i>non finito</i>
158	Nosotros los anacrónicos
164	Aquí frenamos, aquí aceleramos
166	Cada cosa en su momento: una terapia
172	La poshistoria como mestizaje temporal

177	La metaespiral
177	Fusionar lo diacrónico y lo sincrónico
180	Historia fatalista e historia plural
187	Cuando vuelve el Progreso
190	La ocasión
194	Agradecimientos



*A Geoffroy de Ligne*





*Deambulamos por tiempos  
que no son los nuestros*

Blaise Pascal



# 1. Tener tiempo

## No tener tiempo

Ya no tenemos tiempo. En este planeta, centenares de millones nos encontramos en el mismo caso, repitiendo varias veces al día: «Lo siento, no tengo tiempo». Hubiéramos querido escuchar mejor lo que alguien nos decía, sentarnos, profundizar en la cuestión. Hubiéramos preferido no ponernos nerviosos, no acortar la discusión, responder tranquilamente a esa llamada y no escribir simplemente: «Es imposible, lo siento» a una petición importante. Hubiéramos querido pasar el tiempo necesario con este niño singular que nos hacía una pregunta. Y quizá leer tranquilamente ese volumen sobre las maneras de vivir a bordo de una estación espacial. O quedarnos un rato en la cama por la mañana, escuchando los sonidos de la naturaleza a la hora en que se abren las flores.

Y resulta que no tenemos tiempo ni para una cosa ni para la otra. Nos enfrentamos a la realidad con el mismo régimen apresurado. Caminamos un poco más deprisa, hablamos un poco más alto. Trabajamos de la mañana a la noche. Miramos hacia delante, obligando a los que desean hablar con nosotros a acelerar la marcha, mientras nos apresuramos para alcanzar a otras personas. Somos legiones desatinadas avanzando por las autopistas de la vida, al asalto del futuro, espoleados por las ideas de obligación, de proyecto, de crédito, de días mejores, de próximas vacaciones, como si fuéramos sus caballos de carreras. Las listas de tareas pendientes son nuestro tonel de las Danaides, se llenan a medida que las vamos vaciando. En los registros olvidados de cada bandeja de entrada, pequeños iconos culpables nos indican que no hemos hecho los deberes. A veces, todos estos incumplimientos nos llenan de vértigo, porque lo que *hacemos* se olvida rápidamente, pues encuentra su lugar en un pasado caduco, mientras que lo que *queda por hacer* se impone, imperioso como un reto para el mañana. ¡Estarás a la altura! ¡Llegarás a tiempo!

Y todo el mundo llega a tiempo. El respeto de los compromisos es una cortesía social elemental. Cada día cumplimos con nuestras tareas, llenos de orgullo. No por correr más trabajamos peor. El respeto de las cadencias, por muy coercitivo que sea, no impide que podamos llevar a cabo las tareas que emprendemos, ni que cumplamos con nuestras obligaciones. Tenemos que correr como una liebre, comer apenas, pero al cabo del día lo habremos logrado. Como dice una expresión, *hemos cumplido con el horario*, que ha alumbrado un resultado satisfactorio. No

siempre llegamos al *burn out*, este dolor de lo imposible de hacer. En la mayor parte de los casos, hacerlo es posible, y además lo logramos: lo muestran los resultados.

Y queda esa vocecita que debemos escuchar mejor: «Tengo la impresión de no *tener* tiempo». Lo decimos así, entre dos cadencias, entre la última sesión de Zoom y la preparación de la cena, saliendo de la obra o en el atasco que separa dos reuniones. O también a propósito de una persona a la que nos gustaría ver, un libro que lamentamos no haber empezado. «Me hubiera gustado, pero no tengo tiempo...». ¿Qué dice esta excusa tras la que se esconde el yo? Dice que el sujeto se disculpa incriminando al tiempo que no tiene. No soy yo, parece decir, es el tiempo que no tengo. A veces esta excusa parece demasiado fácil. Quizá incluso de mala fe. Después de todo, el tiempo no decide si podemos ver a un amigo, es más bien la amistad que no se termina de imponer, la persona que no opta por cultivar una relación de forma prioritaria. Somos libres, y eso el tiempo no lo puede cambiar. Es demasiado fácil hacerle cargar con toda la responsabilidad por nuestra actitud. Si no he leído este libro no es porque no tenga tiempo, es precisamente porque he tenido otras prioridades. ¿Entonces solo es un problema individual? ¿No es una cuestión de libre elección?

## La extraña desposesión

El tiempo es la cosa más esencial que tenemos, que cada cual tiene propiamente y con la que, en teoría, puede hacer lo que quiera. Vivir no es nada más que tener tiempo.

Sin embargo, este bien tan valioso suele tener dos destinos. En primer lugar, lo acaparan la sociedad, el trabajo, unas estructuras que nos superan. Después, hay otro destino que depende más de cada cual, el tiempo que gastamos generosamente, sin contar. Somos pródigos de tiempo, damos horas o días a los demás o a algunas actividades sin importancia, sin darnos cuenta de que los minutos solo pasan una vez. El individuo, que parece tan serio e incluso maniaco con algunos detalles, suele tratar su tiempo con alegre despreocupación. Aunque a veces duda en desprenderse de unos euros, se muestra de una generosidad asombrosa en su dispendio temporal. Sin embargo, la verdad es que el presupuesto de días del que disponemos no se puede ampliar, y además es imposible conocer anticipadamente su extensión. Vivimos como si fuéramos inmortales, a veces damos meses, incluso años, a cosas o relaciones que no siempre merecen tanta prodigalidad.

Esta ligereza de cigarra tiene un encanto profundo: sin ella, la vida tendría demasiada seriedad. Sería una vida avara, dudando en gastar algunos minutos adicionales. ¿Y qué importa, si los minutos se escapan lo queramos o no? Las cigarras del tiempo tienen sus razones: aprovechan el verano, pues saben que la estación cálida tiene un final y en lugar de repetir la lección melancólica, que todos sabemos, por otra parte, bailan, beben y cantan. El otoño acabará llegando, y siempre será demasiado pronto. La despreocupación podría ser sabiduría. En todo caso, es el deseo de no amargarse anticipadamente la existencia, convocando demasiado pronto una melancolía que se impondrá tarde o temprano. Por esta razón, ni

la seriedad ni la gravedad son remedios universales para el problema del tiempo. Los frívolos, que a veces solo lo son en apariencia, quizá sean los más filósofos.

Pero todo cambia cuando se oye repetir a menudo: «No tengo tiempo» y estas palabras se convierten en una queja, incluso motivo de rebeldía. En ese momento, tenemos que ponernos serios. La cigarra ya no canta, quizá se esté rebelando ante la imposibilidad de mantener su maravillosa despreocupación. Debemos contar, trabajar, aplicarnos, actuar una y otra vez. Y aun así nos falta tiempo. No solo no despilfarras, sino que debe aceptar que casi no le queda. ¿Qué ha sido de él? Porque cada día tenemos tanto tiempo como el anterior. Es universal: un día tiene veinticuatro horas. ¿Qué ha sido del tiempo? ¿Dónde van los minutos y las horas de los que deploran la escasez y, al contrario de Proust, viven perdiendo el tiempo que buscan? Las razones psicológicas, las opciones y las habilidades organizativas pueden explicar en parte esta pérdida desesperante, pero solo en parte, porque también hay personas ordenadas y escrupulosas que se quejan: «¡No tengo tiempo!». ¿Qué significa esta paradoja? Porque es paradójico quejarse de que nos falte algo que tenemos. En realidad, si estas personas no tuvieran tiempo, estarían muertas. Y, sin embargo, viven, al tiempo que afirman carecer de lo que constituye la condición de su existencia. ¿De qué se quejan exactamente? ¿De qué son síntoma estas quejas? ¿Cómo explicar esta contradicción?

En realidad, es una señal de que su tiempo no les pertenece. Estas horas y estos días deberían ser suyos, al ser consustanciales a su existencia, pero es como si se los

hurtaran. Mediante esta conciencia de no tener tiempo, el individuo introduce una escisión en su vida, una escisión fundamental basada en la diferencia entre un tiempo que no le pertenece (a pesar de que es el tiempo de su existencia) y un tiempo con el que sueña, que podría ser suyo. Si este tiempo no le pertenece, es porque este tiempo ha sido acaparado, bien por una estructura, bien por otros individuos. Su problema es precisamente que *alguien* se ha apoderado de su tiempo, es decir, de su vida. Se lamenta porque todo su tiempo está *programado*, es tiempo socialmente transformado. Y el tiempo con el que sueña, liberado y libre, se acompaña al parecer con una fantasía de soledad, que, sin embargo, a menudo parece imposible, de ahí su ira cuando le objetan que es un mero problema psicológico de opciones y prioridades. La objeción es inaudible, pues el individuo es consciente de las obligaciones profesionales, familiares y sociales que se han introducido en su temporalidad hasta el punto de organizar sus más mínimos detalles. Percibe que el tiempo *programado* en el que vive no ha sido organizado por él y toda su vida está gobernada por restricciones, voluntades, intenciones que no son las suyas.

De esta forma, con su tono de evidencia despechada, el famoso «no tengo tiempo» muestra una desposesión seguida a menudo por una voluntad de volver por sus fueros. Nada parece más adecuado que disponer del propio tiempo, ya que vivir es eso: tener tiempo. Y nada hay más habitual que carecer de él, entregarlo o ser desposeído, incluso sin que haya mala intención. Sin embargo, el resultado es el mismo: mi único bien se me hace ajeno.



Esta toma de conciencia provoca una poderosa lucidez. Creíamos ingenuamente que el tiempo se distribuía universalmente de forma imparcial; lo considerábamos indiferente desde su intangible neutralidad metafísica. ¿Qué puede haber más neutral que el Tiempo, qué más insensible a los asuntos humanos que este misterio cósmico? Y de repente comprendemos que esta indiferencia solo es física y metafísica, mientras que el tiempo es objeto de una lucha encarnizada que puede llegar al robo. ¡Esta nueva lucidez lo cambia todo! Ya no podemos atrincherarnos tras el fatalismo poético que acepta, impotente, la ley universal según la cual el tiempo siempre está sediento. Porque, al parecer, a veces es el otro el que está sediento de mi tiempo. En lugar de la súplica: «¡Oh, tiempo, suspende el vuelo!», más bien convendría reclamar que alguien suspenda el vuelo del tiempo. Porque para algunos solo es rapiña, latrocinio, hasta que no queda nada... Entonces había tanto, tanto, tanto tiempo. Un haber extraño que también es un ser.

## Un problema de calidad

El tiempo tiene mil caras. Está por todas partes, siempre cambiante. Es el pasado y el futuro, el presente y el devenir. Es un misterio que va más allá de nuestra capacidad de comprensión, un ente extraño que engloba tanto la vida como la muerte. Es el más amplio de los temas, que pone a prueba nuestro lenguaje, porque las palabras nunca parecen tan torpes como cuando tienen que caracterizar este entorno que lo engloba todo, en el que el

ser en su totalidad se instala, aparece y desaparece, conservando una identidad a pesar de su variabilidad constante. El tiempo es ahora y siempre el trampolín hacia la metafísica.

Es también algo muy concreto, muy cotidiano y por ahí hemos decidido empezar. Tomemos una persona que se queja de falta de tiempo, en la que creemos detectar un conflicto entre el tiempo que le pertenece y el tiempo que la sociedad ha programado para ella. ¿Nos ayuda este diagnóstico a plantear correctamente el problema? Hay diagnósticos que, sin ser falsos, dejan desamparados a los pacientes. Saben algo más sobre lo que les aqueja, pero, bien porque no existe ninguna terapéutica, bien porque les informan de que lo que tienen, en realidad, es lo propio de la naturaleza humana, se tienen que resignar. Haber identificado el mal que padecen no cambia nada en su vida. Su lucidez recién estrenada no tiene efecto alguno ni les ayuda a ver mejor.

¿No es este el caso que nos ocupa? El primer diagnóstico parece dejar sentado que el problema de los *ácronos* es que el tiempo que les falta en realidad es un tiempo que les ha robado la sociedad. No deja de ser cierto, pero ¿a dónde nos llevará darnos cuenta de que vivir en sociedad supone aceptar múltiples obligaciones? Siempre estamos comprometidos con esto y aquello, vinculados a familiares y allegados, obligados por nuestro trabajo, actividades o compromisos. Si todas estas relaciones son responsables del hecho de que el individuo se sienta despojado del tiempo que le corresponde, entonces hay que plantearse algún tipo de ruptura. Al hacer el vacío, al simplificar, llegando a romper vínculos, recuperará

tiempo con rapidez, en grandes cantidades incluso. Pero no por ello sabrá necesariamente en qué emplearlo.

Para algunos la ruptura con la sociedad es una terapia saludable. Recuperando el centro consiguen encontrar un ritmo sostenible. Para otros, abandonar un trabajo o el hogar es una idea tan impensable como desagradable. Aunque tengan una falta de tiempo crónica, les gusta estar ocupados, incluso superados. Este frenesí que consideran culpable, no sin cierto orgullo, les resulta esencial.

Enfrentar al individuo con la sociedad al estilo rousseauniano no parece un camino en este caso. Hay sobredosis de victimología, de desresponsabilización barata. No siempre es falso decir que el individuo tiene tiempo y la sociedad se lo roba, pero es demasiado abstracto, pues este robo de tiempo, a menudo consentido, forma parte de una red muy densa de intercambios y contrapartidas que vinculan a ambas entidades. Algunos son indisolubles, otros son económicamente necesarios. Otros son esenciales y deseables. Resolver el problema huyendo no puede ser una solución universal, aunque siempre haya inspirado destinos, retiros y robinsonadas.

Necesitamos otra hipótesis para explicar la paradoja de que una persona *tenga tiempo* (ya que está viva), pero *le falte tiempo*, y se queje de ello. En el seno de su tiempo hay una escisión, está claro, lo que explica la paradoja de que al mismo tiempo *tenga y no tenga* lo que fundamentalmente *tiene*. Esta escisión no puede considerarse como una mera oposición entre el tiempo del individuo y el tiempo de la sociedad. Y hay una escisión diferente.

Podemos tener tiempo en cantidad, pero ese tiempo puede ser de mala calidad. La clave, cuando se trata de

tiempo, es que puede enunciarse y vivirse de dos formas, según la cantidad o según la calidad. Son dos perspectivas muy diferentes que a veces se unen, pues hay que tener al menos una cantidad de tiempo para que ese tiempo tenga una calidad, y a veces se separan. La paradoja de no tener lo que se tiene se podría explicar así. El que se queja de no tener tiempo, en realidad deplora no tener tiempo *de calidad*.

Y aquí aparece un nuevo problema. ¿Qué es un tiempo de calidad? ¿Cómo lo podemos caracterizar? ¿Cómo abordar el carácter múltiple de las apreciaciones subjetivas sin quedarnos en un nivel de opinión capaz de santificarlo todo, sino avanzando hacia las capas de fondo en las que la calidad del tiempo puede resultar universal? Este es el reto que nos espera, haciéndonos eco del concepto teorizado en mi libro *Traité des libres qualités*, desde un ángulo más concreto y más existencial. Estoy convencido de que la calidad es cosa de la época y que una meditación profunda sobre lo que representa puede abrir camino a prácticas más justas, especialmente en el triángulo ecología / economía / tecnología. Cuando se trata de calidad de vida y de calidad de vida en el trabajo es una cuestión política: sin duda la más central de las reivindicaciones, a cuyo servicio deben ponerse los poderes y los medios disponibles.

La presente reflexión sobre la noción de calidad de tiempo se inscribe en la estela de aquel trabajo. Habrá que intentar darle una consistencia, habrá que definir algunos marcadores que permitan identificarla. También habrá que inscribirla en una historia que puede leerse, pronto lo veremos, como *la historia de la cuantificación*

*del tiempo*. Desde las antiguas clepsidras hasta los relojes atómicos, el proyecto de un control del tiempo a través de su medición precisa no ha dejado de afinarse. Actualmente, es la base de toda nuestra arquitectura social, nuestra logística y nuestras mentalidades. Miles de millones de relojes en el planeta, sincronizados, presentes en las pantallas y núcleo de los microprocesadores, dictan al mundo su curso, organizan la economía, los medios de comunicación y la vida corriente. La cantidad de tiempo es la aritmética elemental de la existencia. Veremos cómo las ideologías del Destino, del Progreso y actualmente del Hipertiempos y del Plazo, han interpretado esta noción. No obstante, hay una cosa cierta: el tiempo nunca ha estado tan presente *en cantidad*, pero también su *calidad* nunca ha sido tan problemática.

## Gigantescos relojes de arena existenciales

Un barco lleno de arena es la imagen que me viene a la cabeza cuando pienso en el tiempo que me queda. Los días más optimistas me imagino una gran barcaza, las que utilizan para llevar el mineral a los puertos. Los días más pesimistas se impone la idea de una embarcación más modesta de capacidad reducida. El tamaño del depósito flotante en el que se almacena mi futuro, que varía según mi estado de ánimo, es imposible de determinar. Solo podremos saber su tamaño real de forma retrospectiva. El auténtico límite del conocimiento es el futuro. De momento, cuando contemplo las barcazas que bajan impasibles por el río, me entretengo en lucubraciones que, lo